

manera satisfactoria el ciclo de los estudios Teológicos, un número determinado que se aplique por completo para adquirir el conocimiento de los Libros Santos y la posibilidad de dedicarse á trabajos más extensos.

Cuando los maestros hayan sido elegidos y formados de este modo, que ellos emprendan con confianza la tarea que se les haya impuesto, y para que la llenen de una manera excelente, y á fin de que obtengan los resultados que son de esperar. Nos queremos darles algunas instrucciones más extensas acerca de este particular. Al comienco de los estudios deben (los maestros) examinar la índole de las inteligencias de los discípulos, buscar el medio de cultivarla, de modo que resulte apta al mismo tiempo para conservar intacta la doctrina de los Libros Santos y penetrarse de su espíritu. Tal es el objeto del *Tratado de la instrucción bíblica*, que suministra al discípulo el medio de demostrar la integridad y autenticidad de la Biblia, el de buscar y descubrir el verdadero sentido de sus pasajes y de atacar de frente á las interpretaciones sofisticas extirpándolas en su raíz. Apenas hay necesidad de indicar cuan importante es discutir estos puntos desde el principio con orden, científicamente y recurriendo á la Teología; pues todo el estudio de la Escritura se apoya en esta base y se ilumina en estos resplandores. El profesor debe aplicarse con grandísimo cuidado á dar á conocer á fondo la parte más fecunda de esta ciencia que concierne á la interpretación, y á explicar á sus oyentes de qué modo podrán utilizar las riquezas de la palabra divina, con ventaja para la Religión y la piedad.

Ciertamente, Nos comprendemos que ni la extensión del asunto y el tiempo de que se dispone permiten recorrer en las escuelas todo el círculo de las Escrituras. Pero toda vez que es necesario poseer un método seguro para dirigir con fruto su interpretación, un maestro prudente deberá evitar al mismo tiempo el

defecto de los que hacen estudiar pasajes tomados al azar en todos los libros, y el defecto de aquellos otros que se detienen demasiado en un capítulo determinado de un solo libro. Si con efecto, en la mayor parte de las escuelas no puede obtenerse el mismo resultado que en las academias superiores, en lo que atañe á que cada libro sea explicado de una manera correlativa y minuciosa, cuando menos debe ponerse especial cuidado en que los pasajes escogidos para la interpretación sean estudiados de un modo suficiente y completo; los discípulos atraídos é instruidos por este método de explicación, podrán luego leer y gustar el resto de la Biblia durante toda su vida.

El profesor fiel á las prescripciones de aquellos que Nos precedieron, deberá emplear para los estudios la *versión Vulgata*. Esta es, en efecto, la que el Concilio de Trento ha designado como auténtica y como la que debe ser empleada "en las lecturas públicas, las discusiones, las predicaciones y las explicaciones". dicha versión es también la que recomienda la práctica cotidiana de la Iglesia. No queremos decir, sin embargo, que no haya necesidad de tener en cuenta las demás versiones que los cristianos de los primeros siglos utilizaron con elogios y, sobre todo, los textos primitivos. Pues si en lo que se refiere á los principales puntos, su sentido es claro en las ediciones hebreaica y griega de la Vulgata, esto no obstante, cuando algún pasaje ambiguo ó ménos claro se encuentre en ellas, "el recurso á la lengua de que proceden, será, siguiendo el consejo de San Agustín, utilísimo. Claro es que será preciso proceder con mucha circunspección en esta tarea, pues el deber del comentador es indicar, no lo que él mismo piensa, sino lo que pensaba el autor cuyo texto explica. Cuando la lectura haya sido encaminada con cuidado hácia el fin propuesto, habrá llegado el momento de escudriñar y explicar su sentido. Nuestro primer consejo acerca de este punto es, que se observen las prescripciones que están en uso

respecto de la interpretación, con tanto más cuidado cuanto que el ataque de nuestros adversarios es sobre este particular más vivo.

Es preciso primeramente pesar con gran cuidado el valor de las palabras en sí mismas, la significación de su contexto, la similitud de los pasajes, etc. . . . y de este modo aprovechar las extrañas aclaraciones de la ciencia que se nos opone. No obstante, deberá cuidar de no emplear más tiempo ni más solicitud en estas cuestiones que en el estudio de los Libros Santos en sí mismos, para evitar que un conocimiento demasiado extenso y profundo de tales asuntos cause al espíritu de la juventud estudiosa, más turbación que fuerza. De todo esto resulta una regla fija y segura, que deberá seguirse en el estudio de la Sagrada Escritura desde el punto de vista teológico. Importa, pues, hacer notar respecto de este asunto, que á las otras causas de las dificultades que se presenten en la explicación de cualquiera autor antiguo, hay que agregar algunas, que con especialidad atañen á la interpretación de los Libros Sagrados. Como éstos son obra del Espíritu Santo, las palabras ocultan gran número de verdades que sobrepujan en mucho á la fuerza y á la penetración de la razón humana, en lo que se refiere á comprender los divinos Misterios y lo que con ellos se relaciona. Su sentido es á veces más amplio y más velado de lo que parece indicar su letra y las reglas de la hermenéutica; además, su sentido literal oculta en sí mismo otros significados que sirven, unas veces para aclarar los dogmas, y otras para dar reglas de conducta para la vida.

No puede negarse que los Libros Santos se hallan envueltos en cierta oscuridad religiosa, y por esto nadie debe sin guía dedicarse á su estudio; Dios lo ha querido así (esta es la opinión de los Santos Padres) para que los hombres los estudien con más atención y cuidado, para que las verdades más penosamente adquiridas penetren más profundamente en

su corazón y para que ellos comprendan, sobre todo, que Dios ha dado á la Iglesia las Escrituras á fin de que en la interpretación de sus palabras sea ella el guía y maestro más seguro. Allí, donde Dios ha puesto sus dones, allí debe buscarse la verdad. Los hombres en quien reside la sucesión de los Apóstoles, explican las Escrituras sin ningún peligro de error. San Ireneo así lo ha declarado. Esta es su doctrina y la doctrina de los demás Padres que ha adoptado el Concilio del Vaticano, cuando renovando un decreto del Concilio de Trento sobre la interpretación de la palabra divina escrita decidió: Que "en las cosas de la fé y de las costumbres que tienden á la aclaración de la doctrina cristiana, se debe considerar como el sentido exácto de la Sagrada Escritura, el que ha declarado y declara como tal, Nuestra Santa Madre la Iglesia, á quien pertenece juzgar del sentido y de la interpretación de los Libros Sagrados." No es, por lo tanto, permitido á nadie explicar la Escritura de una manera contraria á esta significación, según el consentimiento unánime de los Padres. Por esta ley llena de prudencia, la Iglesia no detiene ni contraría las investigaciones de la ciencia bíblica, pero la mantiene al abrigo de todo error y contribuye poderosamente á sus verdaderos progresos. Cada doctor, en efecto, ve abierto ante sí un vasto campo, en que, siguiendo una dirección segura, su celo puede ejercitarse de un modo notable y con provecho para la Iglesia.

Y, verdaderamente, en lo que se refiere á los pasajes de la Biblia, que esperan aún una explicación cierta y bien definida, puede acontecer, gracias á un benévolo designio de la Providencia de Dios, que el juicio de la Iglesia se encuentre, por decirlo así, maduro para un estudio preparatorio. Pero en lo que toca á puntos que ya han sido declarados, el doctor puede desempeñar un papel igualmente útil, sea explicándolos con más claridad á la muchedumbre de los fieles, ó bien defendiéndolos con más fuerza contra los

adversarios de la fé. El intérprete católico debe, pues, mirar como un deber importantísimo y sagrado explicar en el sentido declarado los textos de la Escritura cuya significación haya sido declarada auténticamente, sea por los autores sagrados, á quienes ha guiado la inspiración del Espíritu Santo como sucede en muchos pasajes del Nuevo Testamento, ó bien por la Iglesia, asistida también por el Espíritu Santo por medio de un juicio solemne, ó por su autoridad universal y ordinaria. Es preciso, por lo tanto, convencerse de que esta interpretación es la única que puede aprobarse, según las leyes de una sana hermenéutica. Sobre los demás puntos deberá seguir las analogías de la fé y tomar como modelo la doctrina católica tal como ella está definida por la autoridad de la Iglesia; porque es el mismo Dios el autor de los Libros Santos y de la doctrina que la Iglesia tiene en depósito. No puede por lo tanto, suceder que una significación atribuida á los primeros, diferente, sea en lo que fuere, de la segunda, proceda de una legítima interpretación.

De aquí resulta de una manera evidente que se debe rechazar, como insensata y falsa, toda explicación que ponga á los autores sagrados en contradicción entre sí, ó que sea opuesta á la enseñanza de la Iglesia. El que profesa la Sagrada Escritura debe también merecer este elogio: que posee á fondo toda la Teología, y que conoce perfectamente los comentarios de los Santos Padres, de los Doctores y de los mejores intérpretes. Tal es la doctrina de San Jerónimo y de San Agustín, que se queja con razón en estos términos: "Si toda ciencia, aunque poco importante y fácil de adquirir, pide como es evidente, ser enseñada por un hombre docto, por un maestro, nada hay más orgullosamente temerario que el no querer conocer los Libros Sagrados, según la enseñanza de sus intérpretes." Tal ha sido también la opinión de los Santos Padres que la han confirmado con su ejemplo. "Ellos explicaban las Escrituras, no

según su propia opinión, sino según los escritos y la autoridad de sus predecesores, porque era evidente que éstos habían recibido, por sucesión de los Apóstoles, las reglas para la interpretación de los Libros Santos." (Ruf.) El testimonio de los Santos Padres, que, después de los Apóstoles, han sido por decirlo así, los jardineros de la santa Iglesia, sus constructores y pastores, y la han alimentado y hecho crecer (San Agustín), tiene también una grande autoridad, cuando ellos explican de una sola y única manera un texto bíblico; pues de su conformidad resulta claramente que, según la doctrina católica, dicha explicación ha sido recibida, por tradición de los Apóstoles. La opinión de estos mismos Padres es también muy digna de ser tomada en consideración cuando tratan de los mismos asuntos como doctores y declarando su juicio particular; pues no solamente su ciencia de la doctrina revelada y sus grandes conocimientos, tan necesarios para interpretar los libros apostólicos les recomiendan, sino que Dios mismo ha prodigado los auxilios de sus luces á estos hombres notabilísimos por la santidad de sus vidas y su celo por la verdad.

Que el intérprete sepa, por lo tanto, que él debe seguir sus pasos con respeto y aprovecharse de sus trabajos mediante una elección inteligente. No es preciso sin embargo, creer que tiene cerrado el camino y que no puede, cuando un motivo razonable exista para ello, ir más lejos en sus pesquisas y en sus explicaciones. Esto le es permitido, siempre que él siga religiosamente el sabio precepto dado por San Agustín: "no apartarse en nada del sentido literal y evidente, como no tenga alguna razón que le impida ajustarse á él ó que haga necesario abandonarlo." Esta regla debe observarse con tanta firmeza, cuanto que en medio de un tan grande deseo de innovar y de tal libertad de opiniones, existe un mayor peligro de engañarse. El que enseña las Escrituras, no descuidará tampoco el sentido alegórico ó anagógico

aplicado á ciertas palabras por los Santos Padres, sobre todo cuando estos significados se deriven naturalmente del sentido literal y se apoyen en gran número de autoridades. La Iglesia, en efecto, ha recibido de los Apóstoles este método de interpretación, y lo ha aprobado con su ejemplo y así resulta de la liturgia. No quiere decir esto que los Santos Padres hayan pretendido demostrar por sí mismos los dogmas de la fé, sino que ellos han experimentado que éste método era bueno para alimentar la virtud y la piedad. La autoridad de los demás intérpretes católicos es en verdad menor, pero toda vez que los estudios bíblicos han hecho en la Iglesia continuos progresos, es preciso dar á los comentarios de esos doctores el honor que les corresponde; se puede, por lo tanto, tomar de sus trabajos muchos argumentos idóneos para rechazar los ataques y esclarecer los puntos difíciles.

Pero lo que no conviene en modo alguno es que, ignorando ó despreciando las excelentes obras que los nuestros nos dejaron en gran número, prefiera el intérprete los libros heterodoxos, que con gran peligro de la santa doctrina y muy frecuentemente en detrimento de la fé, busca en ellos la explicación de los textos respecto de los que los católicos, con un resultado excelente, y desde hace mucho tiempo, han ejercitado su talento y multiplicado sus trabajos. Pues aunque, en efecto, los estudios de los heterodoxos prudentemente utilizados, puedan á veces ayudar al intérprete católico, importa, no obstante, á éste recordar que según las numerosas pruebas sacadas de los textos antiguos, el sentido no desfigurado de las Santas Letras no se encuentra fuera de la Iglesia, y no puede ser definido por los que, privados de la verdadera fé, no llegan hasta la médula de las Escrituras y si únicamente á desflorar su corteza.

Es de desear, y muy necesario sobre todo, que la práctica de la Divina Escritura se extienda á través de toda la teología, y se convierta, por decirlo así, en

su alma: tal ha sido en todos los tiempos la doctrina de todos los Padres y de los teólogos más notables, y la que ellos han apoyado con su ejemplo. Todos ellos se han dedicado á establecer y afirmar sobre los Libros Santos, sin excepción alguna, las verdades que son objeto de la fé y las que de ésta se derivan. Es, pues, de los Libros Sagrados y también de la tradición divina, de los que ellos se han servido para refutar las modernas invenciones de los heréticos, y para encontrar la razón de ser, la explicación y la relación que existe entre los dogmas católicos. Nada tiene esto de sorprendente para el que reflexione el lugar tan importante que ocupan los Libros Santos entre las fuentes de la revelación divina; hasta tal punto, que sin el estudio y uso diario de aquellos, no podría la teología ser tratada de una manera conveniente y digna de tan elevada ciencia. Bueno es también, indudablemente, que los jóvenes se ejerciten, sobre todo, en las Universidades y Seminarios, en adquirir la inteligencia y la ciencia de los dogmas, y que partiendo de los artículos de la fé, deduzcan sus consecuencias por medio de una argumentación establecida según las reglas de una filosofía experimentada y sólida. No obstante, el teólogo profundo é instruido no debe descuidar la interpretación de los dogmas, basada en la autoridad de la Biblia. La Teología, en efecto, no toma sus argumentos de las demás ciencias, sino inmediatamente de Dios, por la revelación. Por tanto, nada recibe de esas ciencias como si le fueran superiores, y sí las emplea como á sus inferiores y servidoras.

Este método de enseñanza de la ciencia sagrada está indicado y recomendado por el Príncipe de los Teólogos, Santo Tomás de Aquino. Este, además, ha enseñado cómo el teólogo que comprende bien el carácter de la ciencia que cultiva, puede defender sus principios de cualquiera que los ataque: "Al Argumentar, si el adversario concede algunas verdades que nos han sido dadas por la revelación,

queda probado que por virtud de la autoridad de la Sagrada Escritura nosotros discutimos contra los herejes y por medio de un artículo de la fee contra los que niegan otro. Por el contrario, si el adversario, nada cree, sólo nos queda el recurso de demostrarle la verdad de los artículos de la fee por medio de razonamientos para destruir los suyos si él los hace contra la fee. Debemos, por lo tanto, poner un especial cuidado en que los jóvenes caminen al combate convenientemente instruidos en las ciencias bíblicas para que no frustren nuestras legítimas esperanzas, ni, lo que sería más grave, para que no corran, inadvertidamente, el peligro de caer en el error, engañados por las falsas promesas de los racionales y por el fantasma de una erudición superficial. Pero ellos estarán perfectamente apercibidos á la lucha si con arreglo al método que Nos mismo les hemos enseñado y prescrito, cultivan religiosamente y con profundidad el estudio de la filosofía y de la Teología bajo la dirección del mismo Santo Tomás. De este modo harán grandes y seguros progresos, tanto en las ciencias bíblicas, como en la parte de la Teología llamada *positiva*.

Haber demostrado la verdad de la doctrina católica, haber explicado y aclarado esta doctrina, gracias á una interpretación legítima y sabia de la Biblia, es mucho ciertamente; resta, sin embargo, otro punto que fijar, y tan importante, que el trabajo para conseguirlo es considerable para que la autoridad completa de las Escrituras quede demostrada tan sólidamente como sea posible. Este objeto no podrá conseguirse plena y enteramente sino por el magisterio propio y siempre subsistente de la Iglesia, que por sí misma, y á causa de su admirable difusión, de su eminente santidad, de su fecundidad inagotable en toda suerte de bienes, de su unidad católica, de su estabilidad invencible, es un grande y perpetuo motivo de credibilidad y una prueba irrefragable de su divina misión. Pero toda vez que este divino é infalible

magisterio de la Iglesia descansa en la autoridad de la Sagrada Escritura, es preciso desde luego afirmar y reivindicar la creencia humana, cuando menos, respecto de su autenticidad. Por estos libros, en efecto, como testimonios más probados de la antigüedad, la divinidad y la misión de Jesucristo, la institución de la jerarquía de la Iglesia, la primacía conferida á Pedro y á sus sucesores, serán puestas de manifiesto y seguramente establecidas.

A este fin, será muy conveniente que los hombres que han recibido las órdenes sagradas combatan sobre este punto por la fee, y rechacen los ataques del enemigo, y para ello es preciso, sobre todo, que esos hombres se revistan de la armadura de Dios, según el consejo del Apóstol, y que se hallen habituados á los combates y á las nuevas armas empleadas por sus adversarios. Este es uno de los deberes de los Sacerdotes, y San Crisóstomo lo declara en términos magníficos. "Es preciso—dice—emplear un gran celo, á fin de que la palabra de Dios habite con abundancia en nosotros; no debemos, pues, estar prontos para un solo género de combate; variada es la guerra, y múltiples los enemigos: éstos no emplean todas unas mismas armas, ni de una manera igual se proponen luchar con nosotros. Hay por lo tanto, necesidad de que aquel que deba medirse con todos, conozca las maquinaciones y los procedimientos de todos, que maneje las flechas y la honda, que sea tribuno y jefe de cohorte, general y soldado, infante y caballero, apto para luchar en el mar y para derribar murallas. Si el defensor no conoce todos los modos de combatir, el diablo sabe hacer entrar á sus raptos por un solo punto, en el caso de que uno solo se quede sin guarda, y arrebatarse las ovejas."

Nos hemos mencionado más arriba las astucias de los enemigos, y los múltiples medios que emplean en el ataque; indiquemos ahora los procedimientos que deben utilizarse para la defensa. Uno de ellos es, en primer término, el estudio de

las antiguas lenguas orientales, y al mismo tiempo el de la ciencia que se llama crítica. Estos dos géneros de conocimientos son hoy día muy apreciados y estimados: el Clero que los posea con más ó menos extensión, según el país en que se encuentre y los hombres con quienes esté en relación, podrá mejor mantener su dignidad y cumplir con los deberes de su cargo. El ministro de Dios debe, en efecto, "hacerse todo para todos y estar siempre pronto á satisfacer á todo aquel que le pida la razón de la esperanza que tiene en sí mismo." Es, pues, necesario á los profesores de la Sagrada Escritura, y conviene á los teólogos, conocer las lenguas en las que los libros canónicos fueron primeramente escritos por los autores sagrados; sería también excelente que los seminaristas cultivasen dichas lenguas, sobre todo aquellos que están destinados á los grados académicos de la Teología.

Debe también tenerse especial cuidado en establecer en todos los Seminarios y Academias, como ya se ha hecho con razón en muchos de ellos, cátedras donde se enseñen las lenguas antiguas, sobre todo las semíticas, y sus relaciones con la ciencia. Estos cursos se dedicarán especialmente á los jóvenes llamados al estudio de las Sagradas Letras. Importa también, por la misma razón, que los susodichos profesores de Sagrada Escritura se hallen instruidos y ejercitados en la ciencia de la verdadera crítica: desgraciadamente, y con gran daño para la Religión, ha aparecido un sistema que se adorna con el nombre respetable de "alta crítica," cuyos discípulos afirman que el origen, la integridad y la autoridad de todo libro nacen solamente, como ellos dicen, de sus caracteres intrínsecos. Por el contrario, es evidente que cuando se trata de una cuestión histórica, del origen y conservación de una obra cualquiera, los testimonios históricos tienen más valor que todos los demás, y son, por lo tanto, los que es necesario buscar y examinar con más cuidado.

En cuanto á los caracteres intrínsecos, éstos son, la mayoría de las veces, de mucha menos importancia, de tal suerte, que no pueden ser invocados para confirmar la tesis. De obrar de otro modo resultan graves inconvenientes. Por eso los enemigos de la Religión tienen en ellos más confianza para atacar y batir en brecha la autenticidad de los Libros Santos; este género de "alta crítica," que hoy se exalta, conducirá en definitiva al resultado de que cada uno en la interpretación se atenga á sus gustos y á sus prejuicios. De este modo, la luz basada en las Escrituras, no se hará, y ninguna ventaja reportará para la ciencia, sino que se manifestará con evidencia este carácter del error, que consiste en la diversidad y disensión de las opiniones. La conducta de los jefes de esta nueva ciencia lo está ya demostrando. Además, como la mayor parte de ellos están imbuidos en las máximas de una vana filosofía y del racionalismo, no temerán descartar de los Sagrados Libros las profecías, los milagros y todos los demás hechos que traspasen el orden natural.

El intérprete deberá luchar, además, contra los que, engañados por sus conocimientos en las ciencias físicas, siguen paso á paso á los autores sagrados á fin de oponer la ignorancia en que éstos están de tales materias, y rebajar con este motivo sus escritos. Como estos ataques versan sobre objetos sensibles, son tanto más peligrosos cuanto son los que más se entienden entre la muchedumbre, y, sobre todo, entre la juventud estudiosa; pues desde el momento en que ésta haya perdido acerca de algún punto, el respeto que merece la revelación divina, su fee respecto de los demás, no tardará en desvanecerse. Es también evidente que las ciencias naturales sirven para manifestar la gloria del Creador, grabadas en los objetos terrestres, con tal de que sean convenientemente enseñadas; y asimismo son capaces de arrancar de los entendimientos los principios de una sana filosofía, y de corromper las costumbres